

con todo su amor a la humanidad, con toda su conciencia y con toda su seriedad y dignidad profesional, no sirve a aquellas gentes.

Para servirles necesitan un D. Cenón, indigno, inhumano, farsante, atrevido ignorante, bufo. Uno que cuando le preguntan qué enfermedad tiene el paciente conteste. «Pues que se le ha inflamado unatela que tenemos aquí encima de las tripas y las ha aplastado» o «que el corazón se le ha salido un poco de su sitio y no puede entrar» u otra salvajada así por el estilo. Un médico así es el que sirve a estas gentes que son la mayoría de la humanidad.

Por eso yo me pregunto cada día más asombrado. ¿Y para qué pedirán las gentes un buen médico? Si lo que quieren es uno que haga lo que ellos quieran, ¿cómo va a ser buen médico? ¿No comprenden que los médicos son ellos?. Si el médico ha de dar explicaciones fantásticas de la enfermedad, si ha de visitar cuando le digan, si ha de mandar lo que agrada a la gente. ¿quien es entonces el médico? ¡Ellos y nada más que ellos! El público, salvo raras excepciones. ¿Para qué piden pues un buen médico? Si ha de ser para que haga lo que le digan ¿qué más les da que sea bueno o que sea malo? ¡Si es igual! Si ha de ser un farsante mandatario!

Por eso digo y repito que la medicina no es ciencia. El médico científico difícilmente podrá vivir de la profesión. La medicina es el arte de agradar a la gente inculta embaucándola con fantasías farsas y visitas innecesarias.

El D. Cenón que habla del pulmón y del cerebro y del bazo y de la silla turca, que asesina con cuatro o cinco sangrías a un infeliz porque así lo pide su salvaje familia, que hace vomitar a un pobre paciente hasta la mucosa gástrica porque así lo quiere una comadre, que en las veinticuatro horas del día hace seis o siete visitas para ganarse por pies el aprecio de la familia y que con estos inhumanos procedimientos manda al cementerio al lucero del alba, ese es el médico que buscan la inmensa mayoría de los pueblos.

¿Y es eso medicina? Es decir, ¿es eso ciencia? Porque medicina desgraciadamente sí es. Eso es por lo general la medicina que se ejerce. El médico charlatán, el que se dá pisto hablando ¿ciencia? ante quien nada entiende, el que tira de libro de vez en cuando para leerle al paciente su enfermedad, o para enseñarle un dibujo de cómo tiene su riñón o su costilla, el que enseña sus instrumentos explicando para qué son y cómo se manejan, no sabiendo de seguro manejarles, ese o esos podrán ejercer la medicina, pero no ejercer la ciencia médica.

Por eso al ver estas cosas una y otra vez y ver que eso es lo que agrada al público, aunque con ello lo maten, que eso es lo que busca, que es en lo que cree y que es lo que practican muchos, muchísimos médicos y lo que es más triste y desconsolador, que con ello adquieren fama

y hacen dinero, no puedo por menos de avergonzarme, y recordando la medicina que en mi Hospital aprendí y comparándola con la que veo ejercen para vivir muchos vividores que así adquieren fama y dinero, exclamar a todo pulmón. ¡La medicina no es ciencia!

HUBERTO DOMINGUEZ.

LA MEDICINA EN ALMAGRO

Los puntos sobre las ies

Hace ya mucho tiempo venimos oyendo a cuatro apasionados vocingleros, quejarse amargamente y condolerse, de lo mal que andan de médicos en este pueblo y de las pocas garantías con que cuentan para la defensa de su salud.

Si yo no fuera la parte más interesada puede decirse, en este pleito, hace tiempo hubiera contestado debidamente, pero el hecho de ser la base fundamental del asunto y al propio tiempo mi delicadeza profesional y ciudadana, me han hecho enmudecer constantemente ante los apasionados lamentos de los aludidos señores.

Ya que estoy convencido de que mi delicadeza no sabe apreciarse o no se quiere comprender, abro el paréntesis y con los hechos por base, voy a demostrar que, debido a la soberbia a la ruindad, a la intemperancia y a la incultura de los cuatro caciques pueblerinos que pretenden manejar la población, es por lo que no puede haber ni habrá jamás en la localidad una asistencia médica medianamente decorosa.

Vamos a demostrar con razones la verdad de cuanto afirmado queda. Cuando yo vine a este mi pueblo natal, con mi bagaje científico de doce años de internado en el Hospital de la Princesa, tirios y troyanos me tomarán por un semi-Dios; hasta me adulaban algunos, cosa que me ha repugnado siempre. Esto es un hecho reciente que está en la memoria de todos.

Ya que soy un espíritu cachazudo y eminentemente observador, dediqué los primeros años de mi estancia a estudiar el carácter de la gente entre la que había de convivir, sin comentar ni hablar siquiera del juicio que me iba mereciendo todo cuanto iba observando. Veía oía, callaba y juzgaba para mi interior. Como no juzgaba a nadie públicamente y además, como muchos me iban explotando profesionalmente, *creyendo que no lo notaba*, yo continuaba siendo un sabio y hasta un ídolo para aquellos conspicuos y enpingorotados caballeros. Hasta les hacía gracia mi mal genio, cuando me enfadaba con los que no seguían mis prescripciones al pie de la letra; porque hay que tener en cuenta que en el terreno particular, podré ser serio o bromista o bueno o malo o como quieran que sea, pero en el terreno médico, he sido, sigo siendo y seré siempre un médico digno, serio, formal y concienzudo; nunca un charlatán. El que haya querido un médico, me ha tenido a mí, con mi mucha o poca ciencia. Donde he visto que querían un charlatán, de allí me he despedido, por muy productivo que el cliente fuera. Cuando salí del Hospital de la Princesa, me propuse honrar con mi conducta profesional, la memoria de los sabios a cuyo lado pasé la vida aprendiendo medicina, y ha sido y continuo siendo fiel a mi palabra; aquella casa es para mí el Santuario de la ciencia y seguiré honrándola mientras ejerza la profesión. Pero vol-

vamos a lo nuestro. Decía que hasta mi mal genio hacía gracia a muchos señores, Estos son también hechos tan recientes, que igualmente están en la memoria de todos.

Pero de aquellas mis continuas y silenciosas observaciones, obtuve el convencimiento de que, muchos beatíficos señores a quienes la gente, al parecer, distinguía y tenía por buenas, no eran sino unos ferocísimos lobos vestidos con piel de cordero, capaces de cometer todo género de trapacerías en beneficio propio y causantes de la ruina e incultura en que el pueblo estaba sumido; y dada mi natural e innata tendencia al bien, nació en mí la idea, de intentar redimir al pueblo de aquellos funestos y egoístas malandrines que lo tenían tan arruinado y oprimido.

¡Y aquí fué Troya! ¡Nunca se me hubiera ocurrido semejante idea! Empezar a dar mis primeros pasos en beneficio del pueblo y desatarse contra mí las iras de aquellos caciques, que tanto me admiraban momentos antes, fué todo uno. Yo no era ya un sabio, ni un médico regular siquiera, era un mediocre e ignorante barberillo; mis enfados ya no hacían maldita la gracia a nadie, aquello era una barbaridad; yo era un salvaje que no tenía ni trato de gentes; y a región seguido, lo que era de cajón, se imponía buscar un médico a la carrera. Había y hay en el pueblo dos médicos más, pero como nos llevábamos bien, como éramos amigos, resultaba que eran peores que yo y por lo tanto tampoco servían para nada.

Se buscó médico y por entonces, aunque con mil alternativas, la cosa parece que se iba normalizando; unas veces a regañadientes y otras en calma aparente, íbamos soportándonos unos a otros, médicos y público. De vez en cuando salía desbarrando algún cacique o algún lacayo suyo, pero aquello pasaba y volvía la paz.

Pero he aquí que la pícara fatalidad hace que muera aquel médico, y ya tenemos otra vez armado el lío. Vuelta a las quejas, las protestas, los lamentos, y vuelta otra vez a la tarea de salir a buscar médicos como quien busca lumbre. ¡Lástima de gentes! Por fin la casualidad les depara un médico, a pesar de lo cual, por si nosotros, los médicos que aquí vivimos, tranquilamente, tomamos tales o cuales actitudes en defensa de nuestra dignidad y de la dignidad de la clase, continúan las protestas y el disgusto general entre los caciques y sus rebaños.

¡Señores, que no hay derecho! ¡A ver si va a ser posible vivir, señores caciques! Nuestra actitud no puede ser más diáfana, justa, digna y razonable. Nosotros sólo aspiramos a dar gusto a caciques y caciquillos, al paso que a recibir en el pueblo y con los brazos abiertos a un médico o dos o diez; pero médicos dignos, decentes, decorosos, mercedores en una palabra, del calificativo de compañeros.

En el pueblo, afortunadamente y como en varias ocasiones hemos demostrado, no hacen falta médicos, sobramos con los tres que estábamos, pero como ciertos caciques no nos quieren, es muy justo y así lo reconocemos nosotros con toda nobleza, que esos señores busquen médico que les asista; es un derecho que no les niega nadie, porque lo tienen y porque es justo. Ahora bien, tampoco negará nadie que ese médico que busquen deben pagarlo ellos, lo cual es la cosa más justa y natural del mundo. Pues bien, si tenemos en cuenta que un médico no debe ganar menos de nueve a diez mil pesetas al año, esos seis u ocho señores que quieren médico; deben reunir las pesetas y traer su